

LOS MEJORES CUENTOS DE ENIGMAS ASOMBROSOS

PRIMEROS CAPÍTULO PROMOCIONALES

Bram Stoker, Edgar Allan Poe, Arthur Conan Doyle, Wilkie Collins, Ambrose Bierce, Rudyard Kipling, H. P. Lovecraft, Guillaume Apollinaire, Joseph Sheridan Le Fanu, Guy de Maupassant...

LOS MEJORES CUENTOS DE ENIGMAS ASOMBROSOS



Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de traducción: Mestas Ediciones
Correcciones: Pablo R. Noguera

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia AdobeStock:
Autor: cmalaurie24

Primera edición: *Septiembre, 2018*
Segunda edición: *Julio, 2024*

ISBN: 978-84-17244-70-5
Depósito legal: M-26085-2018
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

La RAE (Real Academia Española) nos dice que la palabra *enigma* significa «Realidad que no se alcanza a comprender, o que difícilmente puede entenderse o interpretarse». Justo eso es lo que ocurre con esta serie de cuentos que tienes en tus manos: siempre hay un cabo suelto que hace que no acabemos de entender por qué suceden las cosas que suceden. Algo no concuerda, algo falta... Hay pequeñas piezas de este puzle que no terminamos de encontrar o que simplemente no encajan de la manera que deberían. No somos capaces —como lectores— de completar el *cuadro* a las primeras de cambio y eso nos hace poner toda la atención en la narración. Nos intriga hasta el más mínimo detalle, nos envuelve la atmósfera cargada de misterio, lo que nos lleva a desear con todas nuestras fuerzas conocer el final de un relato que sin duda no dejará de asombrarnos...

La vida es misterio. Desde que el hombre tiene uso de conocimiento siempre ha intentado descubrir la razón última de su existencia, el porqué de las cosas y la vida, y siempre se ha encontrado con elementos faltantes, piezas que no acaban de encajar y nuevos misterios que florecen después de cada pequeño hallazgo. Eso es algo que nos mantiene vivos, alerta, con ganas de seguir leyendo la novela de nuestros días en la tierra, con la esperanza de que al final, tarde o temprano, hallaremos la pista que nos revelará todos y cada uno de los enigmas que faltan por revelar.

Quizá por esa búsqueda constante, por ese querer resolver un misterio inherente a nosotros mismos, por esa lucha por la verdad (y descubrir con ella quiénes somos realmente), quizá

por todo ello y por otros muchos aspectos que forman parte de las raíces más profundas del ser humano, nos gustan los relatos, novelas o películas de misterio, incluso esas de terror que nos hacen poner los pelos de punta hasta llegar a descubrir el enigma. Sí, quizá con cada caso resuelto, con cada pista develada nos sentimos más aliviados, más cercanos a las respuestas existenciales, más completos y seguros de nosotros mismos. Quizá. Porque lo cierto es que esos relatos, novelas y películas beben de la vida. Son un reflejo de nuestras dudas y sentimientos, y su último fin no son el mero entretenimiento (aunque esta sea una de sus mayores virtudes), sino el aprendizaje. Aprender a ver más allá de lo que se ve a simple vista. Aprender a no desfallecer ante los contratiempos. Aprender a buscar la victoria siempre, más allá de las circunstancias.

En el libro que tienes en tus manos leerás relatos que te atraparán desde la primera página. Historias que conseguirán mantenerte en vilo en todo momento y que te ayudarán a resolver, en cierta medida, el gran misterio de tu vida. Puzzles donde tendrás la sensación de que faltan cosas, que nada encaja y todo está ordenado en un caos irracional del cual no puedes descubrir el sentido. Sin embargo, en estos relatos, como en la vida, al final todo encaja, aunque parezca imposible... y ¡todo tiene sentido! Tanto la vida como este tipo de cuentos son una sorpresa constante que no dejan de cautivarte. Uno cuando termina de leer no puede sino exclamar un: «¡Eureka! ¡Lo resolví! Y estaba delante de mis narices todo este tiempo, ¿cómo no pude verlo antes?»

Aquí encontrarás autores de la grandeza de Edgar Allan Poe con su relato *Morella*, Arthur Conan Doyle con *El misterio de Boscombe Valley* o *La liga de los pelirrojos*, Howard Phillips Lovecraft con *El color surgido del espacio* y *Dagón*, Bram Stoker con *Muerte entre bastidores* y *El secreto del oro creciente*, el Nobel Rudyard Kipling con *La marca de la bestia*, Wilkie Collins con *La dama del sueño* o *La confesión del pastor angli-*

cano... ¡Y muchísimos más cuentos que te harán descubrir, no solo un enigma, sino también una escondida parte de ti mismo! Seguro que ninguna de estas historias te dejará indiferente y que el miedo, la incertidumbre o el caos aparecerán en algún que otro momento. Esperemos que no te quiten el sueño y que sirvan de «antídoto» para tu alma, que experimente el aprendizaje que su corazón precisa y el alivio por sentirse seguro fuera de ese mundo de ficción que te invitamos a visitar en estas páginas. Ojalá disfrutes leyendo este libro tanto como nosotros realizándolo.

El editor

EL SECRETO DEL ORO CRECIENTE

Bram Stoker

Cuando Margaret Delandre se fue a vivir a Brent's Rock, todo el vecindario se despertó al entretenimiento que proporcionaba un escándalo totalmente novedoso. No eran extraños los escándalos vinculados a la familia Delandre, o con la de los Brent de Brent's Rock, y de haberse narrado detalladamente la historia del condado, los dos nombres habrían estado muy bien representados. La verdad es que la condición social de una y otra eran tan distintas que podían haber vivido en continentes diferentes... o pertenecido a mundos distintos, por lo que a ello se refiere, pues hasta aquel momento nunca jamás sus órbitas se habían cruzado. Todo el ámbito rural en su conjunto otorgaba a los Brent una destacada y única preponderancia social, y estos se habían destacado tan por encima de la clase más acomodada a la que Margaret Delandre pertenecía, al igual que un hidalgo español de sangre azul se destaca sobre sus colonos.

Los Delandre eran de rancio abolengo y se mostraban orgullosos de ello a su manera, al igual que los Brent lo estaban del suyo. Pero la familia jamás se había destacado por encima de la burguesía, y aunque fue acaudalada en los viejos tiempos de guerras en el extranjero y de la protección, sus fortunas se habían visto mermadas bajo los estragos del libre comercio y de «los apacibles tiempos de paz». Se habían «pegado a la tierra», como sus miembros mayores solían decir, y como resultado habían logrado echar raíces en ella con cuerpo y alma. De manera que

al elegir una vida de vegetales, florecieron como florece la vegetación: germinaban y crecían en la buena estación y padecían durante la mala. Su propiedad, Dander's Croft, parecía haberse quedado exhausta y ser un verdadero reflejo de la familia que en ella había habitado. Esta última fue declinando una generación tras otra, aunque de vez en cuando aparecía en ella algún vástago inútil de energía no satisfecha, en formato de soldado o de marino, que intentaba abrirse camino hasta los grados más bajos de los diferentes servicios, deteniéndose en ese punto, interrumpido ora por su valentía atolondrada de acción, ora por aquella causa destructora para los hombres que nunca recibieron educación o cuidados en la juventud: el reconocimiento de que sobre ellos existe una posición para la que carecen de preparación. Y de esa manera la familia fue decayendo cada vez más; los hombres, sombríos e insatisfechos, arruinando su salud con el alcohol, y las mujeres matándose con su trabajo en la casa o soportando matrimonios desventajosos... o cosas aún peores. Con el paso del tiempo desapareció del todo, quedando solo dos en la Dander's Croft, Wykham Delandre y su hermana Margaret.

El hombre y la mujer parecían haber heredado, en sus respectivos papeles masculino y femenino, la pésima tendencia de su estirpe, compartiendo los principios de sombría pasión, sensualidad y carencia de previsión, aunque lo manifestaran de maneras distintas.

La historia de los Brent había sido muy parecida, aunque los motivos de su decadencia adoptaron una forma aristocrática en vez de plebeya. También ellos enviaron a sus vástagos a las guerras, pero en situaciones diferentes, y alcanzaron con frecuencia honores, pues evidentemente eran valientes y llevaron a término hazañas intrépidas, antes de que la egoísta liviandad que los caracterizaba acabase por minar su ánimo.

El cabeza de familia actual era Geoffrey Brent, si es que ahora se podía denominar familia, pues tan solo quedaba un miembro de la línea directa. Casi se podía decir que era el

típico representante de una raza extinta, dando a conocer en determinados aspectos sus cualidades más destacadas y en otros su degradación total. Cabalmente se le podía comparar con uno de esos nobles ancestrales italianos a quienes han perpetuado los pintores hasta nuestros días con toda su valía, su ausencia de escrúpulos, su sensual refinamiento y su crueldad; era un sibarita en sus actos y un demonio en potencia. En verdad, era elegante, con esa belleza morena, aguileña, imponente que suelen reconocer siempre las mujeres como dominante. Con todos los hombres se mostraba frío y distante; pero aquel comportamiento no desanimaba al sexo femenino jamás. Las inescrutables leyes sexuales están tan bien definidas que ni siquiera una mujer tímida tiene temor ante un hombre feroz y perverso. Y así era que no existía mujer alguna, de ninguna categoría o clase social, de todas las que vivían en el distrito de Brent's Rock, que no albergase en su interior alguna especie de admiración secreta por aquel apuesto libertino. Tenía una considerable categoría, pues el castillo de Brent's Rock se alzaba de manera abrupta en medio de una llana región, y se le podía ver descollando en el horizonte desde un radio de unas cien millas, con sus antiguas torres y sus tejados rectos que cortan el borde horizontal de aquel bosque y la aldea.

Mientras Goeffrey Brent limitó a Londres, París y Viena sus correrías, o a cualquier sitio situado lejos del alcance y los rumores de su tierra, la opinión mantuvo su silencio. Es fácil escuchar los lejanos ecos impasiblemente; luego podemos desecharlos con escepticismo o desprecio, o con desdén o la actitud que nos venga en gana. Pero cuando el escándalo se aproximó, la cosa cambió, y aquellos sentimientos de independencia e integridad, que surgen entre las personas de toda comunidad no maleada aún en su integridad, lo sostuvieron y solicitaron que no se expresara su condena. Sin embargo, guardaron una cierta reserva en todo, y sobre los hechos reales no corrieron más noticias que las absolutamente necesarias. Margaret Delandre se solía comportar con una osadía y una desen-

voltura en verdad atrevidas; aceptaba su *status* como contrastada compañera de Goeffrey Brent con tal naturalidad que la gente se llegó a creer que estaba secretamente casada con él, y por ello consideraron más prudente mantener la lengua quieta, no fuese que el tiempo llegara a justificarlo, convirtiéndola en una enemiga declarada.

La única persona capaz de disipar cualquier duda con su intervención estaba imposibilitada por las circunstancias para entrometerse en el asunto. Wykham Delandre se había enfadado con su hermana —o tal vez fuese ella la que se peleó con él— y estaban bajo un ambiente de odio declarado, y no de armada paz. La riña ocurrió antes de que Margaret decidiese irse a Brent's Rock. Ella y Wykham estuvieron casi a punto de llegar a las manos. Sin duda, existieron amenazas por ambas partes, y al final Wykham, en un arrebato de pasión, ordenó a su hermana que se fuese de la casa. En mitad del umbral, ella se detuvo un momento para lanzar una tremenda amenaza a Wykham, asegurándole que lloraría de vergüenza y desesperación hasta el último suspiro de su vida por la acción que acababa de cometer ese día. Pasaron varias semanas, y el vecindario ya creía que Margaret se había marchado a Londres, cuando de pronto hizo su aparición Geoffrey Brent paseando a caballo, y toda la vecindad supo que se había ido a vivir a Brent's Rock antes de aquel anochecer. No supuso motivo alguno de sorpresa que Brent hubiese regresado de manera inesperada, pues era su habitual costumbre. Ni tan siquiera sus propios criados sabían jamás cuándo debían esperarlo, pues había una puerta secreta de la que solo él tenía la llave, por donde solía entrar en ocasiones sin que nadie en aquella casa pudiese enterarse de su llegada. Aquella era su manera natural de aparecer tras una ausencia prolongada.

Wykham Delandre se enfureció al conocer la noticia. Juró venganza... y para mantener la mente al nivel de su pasión, bebió más que nunca. Intentó ver varias veces a su hermana, pero ella se negó a recibirlo con desdén. Intentó hablar con

Brent, y recibió una nueva negativa. Así pues, intentó pararlo en el camino, pero sin resultados, pues Geoffrey no era una persona a la que se pudiera detener en contra de su voluntad. Ambos hombres llegaron a protagonizar varios encuentros y aunque habrían podido tener muchos más, se evitaron. Al final, Wykham Delandre se sumió en una arisca y vengativa admisión de aquella situación.

Ni Margaret ni Geoffrey tenían un temperamento pacífico, y no tardaron mucho en comenzar las discusiones entre ambos. Una cosa llevaba a la otra, y el vino corría en abundancia en Brent's Rock. En ocasiones aquellas disputas tomaban un agrio matiz, intercambiando amenazas en un lenguaje sectario que sobrecogía a los sirvientes que podían oírlo. Pero los altercados solían terminar, cuando lo hacían, como las disputas domésticas, con una reconciliación, y cierto respeto mutuo proporcional al acontecimiento. En todo el mundo, una cierta clase de gente considera la pelea en sí como una especie de cuestión de absorbente interés, y no existe razón alguna para creer que las condiciones domésticas aminoren su poder. Geoffrey y Margaret a veces se ausentaban de Brent's Rock, y en cada una de las citadas ocasiones Wykham Delandre también lo hacía; pero como casi siempre se enteraba de la ausencia de ellos un par de días más tarde, no le servía de nada, y cada vez regresaba a su casa con un ánimo más sombrío y más disgustado que la vez anterior.

Al final llegó una época en que la ausencia de Brent's Rock se tornó más prolongada que de costumbre. Días antes habían protagonizado una discusión que había superado en brusquedad a todas las demás; pero que también acabó en una nueva reconciliación, y hablaron de un viaje al continente en presencia de los criados. Wykham Delandre, unos días más tarde, se marchó también y tardó varias semanas en regresar. La gente observó que a su vuelta mostraba una exaltación, estaba pletórico, y no sabían cómo calificar aquello. Se encaminó directamente a Brent's Rock y pidió ver a Geoffrey Brent, y cuando le anun-

cieron que no había regresado todavía, dijo con una áspera decisión que los criados no pudieron pasar por alto:

—Volveré. Seguro... ¡Puedo esperar! —y se marchó.

Pasó una semana tras otra, y un mes tras otro; entonces surgió un rumor, que después se confirmó, según el cual ambos habían sufrido un accidente en el valle de Zermatt. Al cruzar un peligroso paso, el coche ocupado por una dama inglesa y el conductor se cayó por un precipicio. El caballero, que también iba, el señor Geoffrey Brent, afortunadamente se salvó porque se encontraba delante ayudando a los caballos a subir la cuesta. Dio parte de lo que había ocurrido y la búsqueda se inició. El pecho destrozado, la calzada repleta de baches, las huellas de los caballos en la pendiente en la que habían luchado antes de caerse finalmente al torrente... todo evidenciaba el triste desenlace. Estaban en la estación húmeda y había caído una gran cantidad de nieve durante el invierno, de manera que el cauce del río bajaba más crecido que de costumbre, y todos los remansos de la corriente se encontraban congelados. Se realizó una búsqueda exhaustiva, y al final encontraron el carruaje destrozado y el cadáver de uno de los caballos en medio de un remanso. Después encontraron el cuerpo del cochero en la desolada y arenosa orilla del torrente cercano al Täsch. Pero el cuerpo de la dama, así como el del otro caballero, habían desaparecido del todo. Es muy probable que lo que quedase de ellos hubiese sido arrastrado entre los remolinos del Ródano, hacia el lago de Ginebra.

Wykham Delandre realizó todas las indagaciones posibles, pero no logró descubrir rastro alguno de la desaparecida. Sin embargo, se encontró en los registros de diversos hoteles, los nombres de «señor Geoffrey Brent y señora». Y puso en Zermatt una lápida en memoria de su hermana con su nombre de casada, y colocó otra en la iglesia de Bretten, la parroquia en que se encontraban las propiedades de Brent's Rock y Dander's Croft.

Pasó un año más o menos, tras el cual se disipó la excitación sobre el tema, y todo el vecindario se fue acostumbrando a la idea. Brent continuaba ausente, y Delandre estaba cada vez más beodo, más huraño y con más deseos de venganza que nunca.

Después aconteció una nueva algarada. En Brent's Rock comenzaron a preparar las cosas para recibir a una nueva señora. El mismo Geoffrey anunció, de manera oficial, a través de una carta al vicario, que unos meses antes se había desposado con una dama italiana, y que en aquellos momentos ambos regresaban al hogar.

Con tal motivo, un pequeño ejército de operarios invadió su casa; en ella resonaron el martillo y el cepillo de carpintero, y ese característico olor a cola y a pintura invadió el ambiente. Una de las alas del antiguo edificio, el ala sur, fue reconstruida por completo; tras ello, la nutrida cuadrilla de trabajadores se marchó, dejando solamente los materiales para la obra del viejo salón, en espera de que regresase Geoffrey Brent, pues había dado la orden de que se decorara únicamente bajo su supervisión.

Geoffrey llevó consigo bocetos muy específicos del salón de la casa del padre de su esposa, porque deseaba reproducir para ella el mismo lugar al que ya estaba acostumbrada. Como el artesonado debía reconstruirse totalmente, llevaron algunos andamios y tablones para abandonarlos en un rincón del salón, además de un enorme recipiente o caja de madera para poder mezclar cal, que estaba depositada a su lado en unos sacos.

Cuando la nueva señora de Brent's Rock llegó, las campanas de la iglesia repicaron al vuelo y se produjo un júbilo general. Era una bella criatura, inmersa en esa poesía, fuego y pasión del sur, y las pocas palabras inglesas que había aprendido las pronunciaba con una dulzura tal y una agraciada torpeza que se ganó los corazones de todos, tanto por la musicalidad de su voz como por la tierna belleza que adornaban sus ojos.

Geoffrey Brent parecía feliz, más feliz que nunca; pero en sus facciones se adivinaba una oscura sombra, ansiosa, novedosa para quienes lo conocían hacía tiempo, y en ocasiones se sobresaltaba por ruidos que resultaban imperceptibles para los demás.

Y así fueron pasando los meses, y comenzó a correr el rumor de que la propiedad de Brent's Rock iba a contar con un heredero. Geoffrey se mostraba muy cariñoso con su esposa, y ese nuevo lazo que entre ellos surgía, parecía endulzar su carácter. Se tomaba un interés mayor por sus colonos y sus necesidades del que nunca se había tomado; y no dejaba de lado las obras de caridad, tanto por su parte como por la de su mujer. Parecía que había depositado todas sus esperanzas en el niño que iba a nacer, y cuando miraba hacia el futuro, la negra sombra que se había adueñado de sus facciones se iba disipando poco a poco.

Mientras tanto, Wykham Delandre no había hecho más que alimentar su venganza. En lo más profundo de su ser había surgido un propósito de venganza que esperaba cualquier oportunidad que surgiera para cristalizar y tomar una forma definitiva. Sus vagas elucubraciones giraban siempre alrededor de la mujer de Brent, pues era sabedor de que la mejor manera de herirla era a través de aquellos a quienes él amaba, y los tiempos futuros parecían traer dentro de sus entrañas esa oportunidad que tanto deseaba.

Cierta noche se encontraba sentado en el porche de su casa. Tiempo atrás había sido una estancia elegante a su manera, pero el paso del tiempo había producido sus efectos y ahora se mostraba como un simple montón de ruinas, sin dignidad ni gracia de ningún tipo. Wykham Delandre había estado bebiendo bastante y estaba algo más que ebrio. Creyó oír un ruido en la puerta y alzó la mirada. Luego, con voz ronca, gritó para que entrara quien fuese, pero no obtuvo respuesta alguna. Gruñó blasfemando y continuó con sus libaciones. Después perdió toda noción de lo que le rodeaba para sumirse en un estado de estupor, pero de repente se despertó al des-

cubrir que tenía a alguien ante él, o a algo que semejaba a una destrozada y espectral copia de su hermana. Durante unos segundos, Wykham Delandre se sintió sumido en una especie de temor. La mujer que tenía ante sí, con rasgos desfigurados y unos ojos llameantes, no parecía ningún ser humano, y lo único que de verdad le hacía parecerse a su hermana, tal como fue en su momento, era su cabellera abundante y dorada, si bien se encontraba veteada de unas hebras grises. Ella dirigió una mirada larga y fría a su hermano, y él, a su vez, la contempló también para percatarse de la realidad de su presencia, sintiendo renacer el odio que le había tenido, palpitándole el corazón cada vez con más intensidad. Toda la silenciosa pasión del año que había transcurrido pareció concentrarse en su voz cuando le preguntó:

—¿Por qué has venido aquí? Tú debes estar muerta y enterrada.

—Estoy aquí, Wykham Delandre, no porque tenga cariño alguno hacia ti, ¡sino porque odio a otra persona más aún de lo que tú la odias! —Una cólera muy intensa ardía en sus ojos.

—¿Por él? —le preguntó con un gruñido tan fiero que hasta la mujer se sobresaltó por un instante, hasta que logró recuperar la calma.

—¡Sí, por él! —le contestó—. Pero no te equivoques; mi venganza es solo mía, y tan solo pretendo que me ayudes.

Wykham Delandre preguntó de repente:

—¿Os casasteis?

El rostro desfigurado de la mujer se abrió con una terrible parodia de sonrisa. Fue una contorsión espantosa, sus descompuestos rasgos y sus cosidas cicatrices adoptaron las formas más extrañas y los colores más raros, apareciendo surcos blancuecinos sobre sus viejas cicatrices, como si de músculos mal contraídos se tratara.

—¿Conque pretendes saberlo! ¡Acaso halagaría tu orgullo saber que tu hermana estaba casada de verdad! Bien, pues no

vas a saberlo. Esa fue la venganza que contigo me tomé, y no pienso cambiarla ni una coma. Esta noche he acudido aquí para hacerte saber solamente que estoy viva, de modo que si soy víctima de cualquier acto de violencia en la casa que pienso visitar, tú serás mi testigo.

—¿Adónde vas? —le preguntó el hermano.

—¡Eso es problema mío! ¡Y no pienso decírtelo!

Wykham se incorporó, pero la bebida lo tenía medio muerto, se tambaleó y cayó. Tendido en el suelo como estaba, anunció a su hermana su intención de seguirla, y en una explosión de humor le aseguró que la seguiría en la absoluta oscuridad guiándose tan solo por la luminosidad de su cabello y por su belleza. Entonces Margaret se volvió hacia él y le comentó que además de él había otros que podían lamentar su pelo y su belleza.

—Como él —susurró Margaret—; porque el cabello siempre perdura aunque la belleza se marche. Cuando él soltó la rueda y nos arrojó al torrente, pensó poco en mi belleza. La suya también se habría cubierto de cicatrices si hubiese rodado como yo por las rocas del Visp o se hubiese helado con el hielo que la corriente arrastraba. Pero ¡que tenga cuidado! ¡Que su tiempo se cumplirá! —Y con un feroz ademán abrió de par en par la puerta y se sumergió en medio de la oscuridad.

Más tarde, esa misma noche, la señora Brent, que estaba adormilada a medias, se despertó de repente para decirle a su esposo:

—Geoffrey, ¿no oíste ruidos de cerradura bajo tu ventana?

Pero Geoffrey parecía profundamente dormido, aunque ella había creído que él también se había sobresaltado, y respiraba con pesadez. La señora Brent se volvió a adormilar, pero se despertó de nuevo y pudo ver que su esposo se había levantado y se encontraba a medio vestir. Estaba mortalmente pálido, y cuando la luz de la lámpara que sostenía en la mano iluminó su rostro, ella se alarmó al contemplar la mirada que en sus ojos había.

—¿Qué sucede, Geoffrey? ¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—¡Chssss, pequeña! —le contestó con una voz extraña y áspera—. Duerme. Estoy desvelado y quiero acabar un trabajo que he dejado a medias.

—Tráelo aquí, esposo mío —dijo ella—; me encuentro sola y tengo miedo cuando tú no estás.

Por única respuesta, él se limitó a besarla y salió cerrando la puerta tras de sí. Ella se mantuvo un tiempo despierta, y después la naturaleza hizo prevalecer sus derechos, y la joven esposa se quedó dormida.

Se sobresaltó súbitamente, desvelada del todo, con la impresión en sus oídos de un apagado grito que venía de un lugar no muy distante. Saltó de la cama, corrió hasta la puerta y se puso a escuchar, pero no oyó ruido alguno. Se sintió muy alarmada por su marido y le llamó:

—¡Geoffrey! ¡Geoffrey!

Unos instantes más tarde la puerta del gran salón se abrió y Geoffrey apareció, pero sin su lámpara.

—¡Chsss...! —dijo bajo una especie de susurro, con voz áspera y grave—. ¡Chsss! ¡Vete a la cama! Estoy trabajando y no deberías interrumpirme. ¡Vete a la cama, no vayas a despertar a todos en la casa!

Con el corazón encogido —pues aquella aspereza de la voz de su marido era novedosa para ella—, subió a la cama y se metió temblando en ella, con demasiado susto para llorar, y atenta a cualquier ruido que se produjera. Hubo un enorme silencio, y después ¡oyó el golpe de una herramienta de hierro! Más tarde sonó el impacto de una pesada losa al caer, que fue seguida por una sofocada maldición. Después, el ruido de alguna cosa arrastrada, y luego más ruidos de piedra sobre piedra. La joven esposa permaneció todo el rato en la cama, muerta de miedo y con el corazón palpitando con violencia. Oyó una especie de arañazos extraños, y tras ello volvió a reinar el silencio. La puerta se abrió con suavidad y Geoffrey apareció.

Su esposa parecía dormida, pero entre las pestañas, ella pudo ver como Geoffrey se lavaba las manos manchadas de una sustancia blanca que parecía cal.

A la mañana del día siguiente, Geoffrey no hizo ninguna alusión a la noche anterior, y ella, por miedo, no preguntó nada.

Desde aquel día pareció que una sombra se abatía sobre Geoffrey Brent. Ni comía ni dormía como solía hacer de costumbre, y se renovó su hábito de volverse de repente como si alguien le estuviese hablando por detrás. El viejo salón parecía que ejercía en él alguna especie de fascinación. Lo solía visitar varias veces cada día, pero se ponía muy impaciente si alguien entraba en él, aunque fuese su esposa. Cuando el capataz del arquitecto fue a preguntar en qué día debía reanudar los trabajos, se encontró con que Geoffrey había salido a dar una vuelta a caballo; el hombre entró en el salón, y cuando Geoffrey regresó, un criado le informó a este de su llegada y de dónde se encontraba. Con un terrible juramento, empujó al criado a un lado y echó a correr hacia el viejo salón. El operario se topó con él casi en la puerta, Geoffrey irrumpió en la sala y el hombre corrió tras él. Entonces se excusó:

—Perdón, señor, pero querría hacerle algunas preguntas. He mandado traer doce sacos de cal, pero acabo de comprobar que tan solo hay diez aquí.

—¡Que se vayan esos diez sacos al infierno, y también los doce! —fue lo que replicó incomprensible y desagradablemente.

El capataz se quedó muy sorprendido e intentó cambiar de tema.

—He visto, señor, que hay un pequeño estropicio que nuestros trabajadores han debido hacer, pero el jefe dará orden de que lo arreglen a su costa.

—¿A qué se está refiriendo?

—A la losa de la chimenea, señor. Algún tonto ha debido poner un andamio encima y la ha terminado rajando por el

centro, y eso que es más gruesa de lo que se puede imaginar y resiste lo que le pongan encima.

Geoffrey se quedó en silencio todo un minuto, y después con voz reprimida, y en un tono aún más suave, dijo:

—Dígale a sus hombres que quiero que suspendan los trabajos por el momento. Quiero que permanezca como está algo más de tiempo.

—Muy bien, señor. Traeré a unos cuantos albañiles para que se lleven de aquí los andamios y los sacos de cal y pongan un poco de orden aquí.

—¡No! ¡No! —dijo Geoffrey—; déjelo todo así, como está. Ya le avisaré para cuando tengan que terminar la obra.

Y de esa forma el encargado se marchó para comentar a su jefe:

—Le enviaré la factura del trabajo que ya se ha hecho, señor. Creo que en esa casa andan mal de dinero.

...

En una o dos ocasiones Delandre intentó detener a Brent en el camino y, al final, percatándose de que no podía lograr su propósito, continuó cabalgando tras el carruaje, gritando:

—¿Qué les ha sucedido a mi hermana y a su esposa?

Geoffrey fustigó a los caballos y los puso al galope, y el otro, percatándose por la palidez de su cara y el fugaz desfallecimiento de su esposa que había conseguido lo que pretendía, le miró con un oscuro gesto, se rió y se alejó.

Aquella noche, cuando Geoffrey entró en el salón, pasó al lado de la gran chimenea y retrocedió de inmediato, sobresaltado, mientras emitía un ahogado grito. Luego, con gran esfuerzo, logró sobreponerse para salir fuera y regresar con una luz. Se inclinó ante el hueco de la chimenea para comprobar si la luz de la luna que penetraba a través del ventanal de colores le

había podido engañar. Y entonces, bajo un angustioso gemido, cayó de rodillas.

¡Allí, sin duda, a través de la grieta que había en la losa, se veía sobresalir una cantidad de hebras de cabello dorado veteado con tonos grises!

Se sobresaltó al escuchar un ruido en la puerta y, al mirar, pudo ver a su esposa en el umbral, de pie. En plena desesperación, decidió evitar que lo descubriera y, encendiendo un fósforo con su lámpara, se agachó para quemar el pelo que sobresalía por el agujero de la losa rota. Luego fue incorporándose, de la manera más impasible que fue capaz, simulando sorpresa al ver cerca de él a su esposa.

Durante la siguiente semana, Geoffrey vivió en una agonía constante, ya que, por casualidad o intención, no fue capaz de encerrarse solo en el salón en ningún momento. Cada vez que entraba, el cabello había vuelto a crecer a través de la grieta y se vio en la obligación de establecer una vigilancia para que nadie descubriera su terrible secreto. Trató de encontrar en las afueras de la casa algún lugar donde esconder el cuerpo de la mujer asesinada, pero siempre era interrumpido por alguien; y en una de esas ocasiones, al salir por la puerta secreta, se encontró con su mujer, que le comenzó a hacer preguntas sobre la puerta, manifestando su asombro por no saber nada de la llave que ahora él le mostraba con desgana. Geoffrey amaba a su esposa con ternura y pasión, de manera que cualquier posibilidad de que ella descubriese sus terribles secretos, y hasta de que recelara sobre su persona, lo colmaba de angustia; y al pasar un par de días, no pudo más que llegar a la conclusión de que al menos su mujer albergaba alguna sospecha.

Aquella misma tarde ella entró en el salón tras su paseo a caballo, y se lo encontró sentado, taciturno, al lado de la vacía chimenea. Le dijo:

—Geoffrey, he estado charlando con ese tal Delandre, y dice cosas horribles. Me ha dicho que hace una semana su hermana

fue a su casa, hecha una verdadera ruina, una sombra de lo que había sido que solo conservaba el cabello de antes, para anunciarle una perversa intención. Me ha preguntado dónde está y... ¡Oh, Geoffrey, ella está muerta, está muerta! Así que, ¿cómo ha podido volver? ¡Oh! ¡Tengo mucho miedo y ya no sé qué hacer!

Geoffrey respondió estallando en una multitud de blasfemias que la estremecieron. Maldijo a Delandre, a su hermana y a todos los suyos, y de una manera especial, profirió una serie de maldiciones contra su dorada cabellera.

—¡Oh! ¡Chsss! ¡Chsss! —dijo ella para callarse después, pues tenía miedo a su marido tras ver el efecto pernicioso de su mal humor. Geoffrey, en mitad de aquel torrente de ira, se levantó para alejarse de la chimenea, pero se detuvo de repente cuando advirtió esa mirada de renovado terror en los ojos de su mujer. Siguió su mirada con la vista, y entonces también se estremeció... ya que sobre la losa de la chimenea había surgido una franja dorada formada por las puntas de los cabellos que sobresalían de la grieta.

—¡Mira, mira! —chilló su esposa—. ¡Debe ser el espectro de un muerto! ¡Vámonos...! ¡Vámonos!

Y, cogiendo a su esposo por la muñeca con un arrebato frenético, lo sacó de aquella estancia.

Por la noche, ella sufrió una fiebre abrasadora. El médico del pueblo acudió de inmediato y telegrafió a Londres pidiendo una ayuda especial. Geoffrey se encontraba desesperado, y con la angustia que le provocaba el peligro que su joven esposa corría casi se olvidó de su crimen y de sus consecuencias. Por la noche el médico debió ausentarse para atender a otros pacientes, dejando a Geoffrey al cuidado de su mujer. Sus últimas palabras fueron:

—Recuerde que tiene que seguirle la corriente hasta que llegue yo por la mañana, o hasta que otro médico se encargue de ella. Lo que ante todo se debe evitar es que vuelva a sufrir

cualquier emoción intensa. Procure que permanezca abrigada. No se puede hacer nada más.

Ya avanzada la noche, retirada la servidumbre de la casa, la esposa de Geoffrey se levantó de la cama y llamó a su marido:

—¡Vamos! —le dijo—. ¡Vayamos al viejo salón! ¡Sé de dónde sale el oro! ¡Quiero ver cómo crece!

Geoffrey habría deseado detenerla, por una parte, pero por otra temía por su salud y por su juicio, y para que no le gritara su terrible sospecha, y percatándose de que habría sido inútil intentar disuadirla, la envolvió en una gruesa manta para acompañarla al viejo salón. Cuando entraron, ella se volvió para cerrar con llave la puerta.

—¡No queremos extraños esta noche con nosotros tres! —susurró bajo una desmayada sonrisa.

—¡Nosotros tres, pero si solo somos dos! —respondió Geoffrey estremeciéndose. Tuvo miedo de añadir algo más.

—Siéntate aquí —le dijo su esposa mientras apagaba la luz—. Siéntate junto a la chimenea y observa cómo el oro va creciendo. ¡La luz plateada de la luna está celosa! Mírala deslizándose por el suelo hacia el oro... ¡Nuestro oro!

Geoffrey miró cada vez más horrorizado para ver que, durante las horas transcurridas, el dorado cabello había vuelto a surgir por la grieta de la losa. Intentó ocultarlo colocando sus pies sobre la hendidura, y su esposa, tras acercar su silla a él, se inclinó para apoyar la cabeza en su hombro.

—No te muevas ahora, cariño —dijo—. Quedémonos aquí para vigilar. ¡Así podremos descubrir el secreto del oro crecientel!

Geoffrey la rodeó con su brazo y permaneció en silencio, y mientras la luz de la luna se iba deslizando por el suelo, ella se quedó dormida profundamente.

Geoffrey temía que se despertara, así que continuó sentado, mudo y apenado mientras las horas pasaban.

Ante sus horrorizados ojos, el dorado cabello de la grieta crecía y crecía, y a medida que iba creciendo, sentía cada vez más el frío en su corazón, hasta que finalmente se quedó sin fuerzas para moverse, y continuó allí sentado siguiendo con sus aterrados ojos clavados en lo que sería su perdición.

...

Por la mañana, al llegar el médico de Londres, no pudieron encontrar ni a Goeffrey ni a su esposa. Registraron en vano todas las habitaciones. Como último recurso abrieron la gran puerta del salón para presenciar un desagradable y macabro espectáculo.

Allí mismo, junto a la vacía chimenea, Geoffrey Brent y su joven esposa estaban sentados y fríos, lívidos y muertos. El rostro de ella parecía sereno, con los ojos cerrados en una actitud de sueño; pero el rostro de Geoffrey constituía un espectáculo que hizo estremecer a cada uno de los allí presentes, pues tenía una expresión de inenarrable horror. Tenía los ojos abiertos, con la mirada vidriosa dirigida a sus propios pies, los cuales se hallaban enredados en unas trenzas de cabello dorado veteadas de color gris que salían por una grieta que había en la losa de la chimenea.

MORELLA

Edgar Allan Poe

El mismo, solo por sí mismo, eternamente uno y único.

El Banquete, Platón

Mi amiga Morella me inspiraba un sentimiento de intenso pero singularísimo afecto. La conocí por casualidad hace ya muchos años, y desde nuestro primer encuentro mi alma ardió con un fuego que hasta entonces nunca había conocido; pero no era el fuego de Eros^[1], y amarga y angustiosa fue para mi espíritu la gradual convicción de que de ninguna manera podía definir su insólito carácter o intentar regular su vaga intensidad.

Pero nos conocimos y el destino nos unió ante un altar sin hablar nunca de pasión, ni haber pensado en el amor. Ella, aun así, huyó de la sociedad y, apegada solamente a mí, me hizo un ser feliz. Maravillarse era una felicidad; soñar era una felicidad.

Morella era una profunda erudita. Tan verdad como que estoy vivo, sé que sus aptitudes no eran muy comunes; el poder de su espíritu era descomunal. Yo lo sentía y en muchos aspectos fui su discípulo. Sin embargo, pronto descubrí que tal vez a causa de su educación en Presburgo, ponía a mi consideración montones de esos místicos escritos que se juzgan de manera habitual como la escoria de la literatura alemana primitiva. No puedo imaginar la razón por la que eran objeto de su

[1] Dios de la atracción sexual, el amor y el sexo en la mitología griega.

estudio favorito y constante, ni si llegaron a serlo para mí con el paso del tiempo, lo que debe atribuirse a la simple pero eficaz influencia que ejercen el hábito y el ejemplo.

En todo ello mi razón participaba muy poco, si no me equivoco. A menos que no me conozca bien a mí mismo, mis opiniones, en modo alguno, se veían influidas por los ideales, ni se podía percibir matiz alguno del misticismo de mis lecturas, a menos que mucho me equivoque, ni en mis actos ni en mis pensamientos. Convencido de todo ello, me abandoné sin reserva alguna a la dirección de mi mujer y penetré en el ámbito de sus estudios sin reserva alguna. Y fue entonces, cuando revisando páginas prohibidas, sentía cómo un detestable espíritu se encendía en mi interior. Morella colocaba su fría mano sobre la mía y sacaba entre las cenizas de alguna filosofía moribunda algunas profundas palabras, singulares, cuyo extraño sentido se grababa en mi memoria. Y entonces, hora tras hora, me quedaba a su lado, absorbido con la música de su voz, hasta que al final su melodía se pervertía de terror y una sombra caía sobre mi alma y yo palidecía y temblaba en mi ser más profundo ante aquellas sobrenaturales muestras. Y por ello se desvanecía la alegría súbitamente ante el horror, y lo más profundo se convertía en lo más terrible, como el Hinnom se convirtió en la Gehenna^[2].

No es preciso explicar el carácter exacto de aquellos análisis que, surgidos de los volúmenes que ya he mencionado, durante tanto tiempo constituyeron el casi único tema de conversación entre Morella y yo. Los expertos en lo que puede denominarse moral teológica lo entenderán enseguida, y los profanos, en cualquier caso, nada entenderán. El panteísmo impetuoso de Fichte, la ecuación modificada de los seguidores de Pitágoras y, sobre todo, las doctrinas de la identidad impulsadas por Schelling, solían ser los puntos de discusión llenos de una mayor belleza para la imaginativa Morella. Este tipo de identidad que

[2] Infierno o purgatorio judío.

se denomina personal creo que ha sido definida con exactitud por Locke como la permanencia del ser racional. Y ya que por persona solemos entender a una esencia con inteligencia provista de razón, y el hecho de pensar va siempre acompañado de una conciencia, ella es la que nos hace ver aquello que llamamos *nosotros mismos*, distinguiéndonos, en consecuencia, del resto de los seres pensantes y confiriéndonos una identidad personal. Pero el *principium individuationis*, la noción sobre esa identidad que con la muerte puede perderse, o no, para siempre, fue para mí, en todo momento, un tema de total interés, no tanto por la índole perturbadora y excitante de sus consecuencias como por esa insistencia y agitación con que Morella solía mencionarlos.

Pero llegó el momento en que en verdad el misterio de la naturaleza de mi mujer acabó por oprimirme como un maleficio. No podía soportar ya el contacto de sus dedos pálidos, ni el profundo tono de su musical palabra, ni el melancólico brillo de sus ojos. Y ella lo sabía, pero no me lo reprochaba. Era consciente de mi debilidad o de mi locura y, entre sonrisas, le daba el nombre de Destino. También parecía ser consciente de la causa, desconocida para mí, del desapego gradual de mi actitud, pero sin insinuarme ni explicarme su índole. Pero era una mujer y, evidentemente, languidecía.

Con el paso del tiempo la mancha carmesí se quedó fijada definitivamente en sus mejillas y las azules venas de su pálida frente se fueron acentuando. Si en un momento la compasión me ablandaba, al momento siguiente encontraba el fulgor de su mirada pensativa, y mi alma entonces se ponía enferma experimentando ese vértigo de quien hunde su mirada en algún abismo tétrico e insondable.

¿Podré decir que anhelaba entonces con ansia, con un voraz deseo, la muerte de Morella? Así fue, pero el frágil espíritu fue aferrándose a su envoltura arcillosa durante mucho tiempo, días, semanas y meses de aburrimiento, hasta que dominaron mi razón mis torturados nervios y terminé enfureciéndome

por la demora, y con el corazón de un demonio maldije los días y las horas y esos momentos amargos que parecían prolongarse, mientras declinaba su noble vida como sombras en la agonía del día.

Pero, cierta tarde de otoño, cuando se aquietaban los vientos en el cielo, Morella me llamó a su cabecera. La tierra se encontraba cubierta por una espesa niebla, y desde las aguas ascendía un cálido resplandor, y entre el abundante follaje de octubre había caído un arco iris del firmamento.

—Este es el día de los días —me dijo al acercarme—. El día de los días para vivir o para morir. Un hermoso día para los hijos de la tierra y de la vida... ¡Ah, tan bello para las hijas del firmamento y de la muerte!

La besé en la frente y prosiguió:

—Me estoy muriendo y, sin embargo, viviré.

—¡Morella!

—No existieron nunca los días en que hubieses podido amarme, pero aquella que aborreciste en vida será adorada por ti en la muerte.

—¡Morella!

—Te repito que me muero. Pero dentro de ti hay una prenda de ese cariño —¡qué pequeño!— que por mí sentiste, por Morella. Y cuando parta mi espíritu, el hijo vivirá, tu hijo y el mío, el de Morella. Pero tus días serán días de dolor, de ese dolor que es la más permanente de las impresiones, al igual que el ciprés es el árbol más resistente. Porque tus horas de felicidad han terminado, y la alegría no puede cosecharse dos veces en la vida, como las rosas de Pestum dos veces cada año. Ya no podrás jugar con el tiempo como el poeta de Teos, pero, cual ignorante del mirto y de la viña, llevarás por toda la tierra tu sudario encima, como un musulmán en la Meca.

—¡Morella! —exclamé—. Morella, ¿cómo lo sabes?

Pero volvió la cabeza sobre la almohada y un pequeño estremecimiento recorrió su cuerpo y murió. Nunca más oí su voz.

Sin embargo, como predijo, su hija —a quien dio a luz al morir y que no respiró hasta que su madre dio su último aliento—, su hija, una niña, vivió. Y creció de forma extraña en tamaño e inteligencia, con una perfecta semejanza a la desaparecida, y a la que amé con el más perfecto amor que habría creído posible sentir por habitante alguno de la tierra.

Pero con el tiempo el cielo se oscureció con ese puro afecto, y la tristeza, el terror y la aflicción, lo recorrieron con sus nubes. Ya he dicho que la niña creció de forma extraña en tamaño e inteligencia. En verdad, sí que era extraño el rápido crecimiento de su cuerpo, pero terribles, lo que se dice terribles, eran los pensamientos tumultuosos que se agolpaban en mí mientras observaba el desarrollo de su inteligencia. ¿Cómo no podía ser así si cada día descubrí en las ideas de la niña el poder de un adulto y las aptitudes de toda una mujer; si las lecciones de la experiencia salían de los labios de la infancia; si en cada momento encontraba la sabiduría o las pasiones de la madurez en sus profundos y pensativos ojos? Cuando todo ello llegó a ser evidente para mis aterrorizados sentidos, cuando ya no pude ocultárselos a mi alma ni apartarla de unas evidencias que la estremecían, ¿es para sorprenderse que ciertas sospechas con un terrible carácter y perturbadoras se insinuaran en mi espíritu o que recayeran mis pensamientos con horror en las insensatas historias y en las sobrecogedoras teorías de la difunta Morella? A la curiosidad de las gentes arrebaté un ser cuyo mismo destino me obligaba a adorarlo, y en la total soledad de mi hogar vigilé con una mortal ansiedad todo lo que concernía a aquella criatura que tanto amaba.

Y mientras se sucedían los años y yo podía contemplar día a día su rostro puro, suave y elocuente, y vigilaba cómo maduraban sus formas, día tras día iba descubriendo nuevos puntos de semejanza entre la madre, la muerta y melancólica, y la niña. Y por segundos, esas sombras de parecido se espesaban y su aspecto se volvía más pleno, más definido, más perturbador y más terrible y espantoso. Podía soportar que su sonrisa fuera

Fin de la edición promocional